

pañales y teteros algo parecido a una gota de trascendencia, de esa misma que busca cuando pinta sus cuadros de gran formato”, escribe Piedad Bonnett, la poeta y novelista que le dio vida a esta historia.

Un encuentro del azar

Su nueva faceta de aspirante a artista y su ímpetu se convierten en las cartas que Franca se juega permanentemente y que detonan en una violenta pelea con su marido, que no sólo marca el final de su matrimonio y el comienzo de una vida distinta; sino también el fortuito encuentro con Ángel, un médico graduado de la Universidad Nacional, que “al entrar de lleno en la autópista, se encuentra con una visión inaudita. Por un segundo cree que se ha quedado dormido y que lo que ve es la imagen de un sueño: una mujer (Franca) corre por la acera —relata Bonnett—, en sentido contrario al escaso tráfico, vestida con un traje de fiesta negro que se mimetiza con la oscuridad, los blancos brazos desnudos desafiando los seis o siete grados de temperatura que deben estar haciendo”.



A lo largo de la novela, Bonnett se encarga de hacer evidente que juntar en las páginas de su novela a estos dos personajes no fue un ca-

pricho, pues como ella misma lo recuerda a través de una cita de Jorge Luis Borges: *Todo encuentro casual es una cita...* Una que irremediablemente se encargaría de torcer sus destinos, pues pone a cada uno frente a una realidad que, por sus orígenes sociales, desconocen y se oponen del todo: la de ella es la de la ligereza y la fortuna; la de él, la del resentimiento y el maltrato.

De familia campesina y levantada a pulso, Ángel ha encontrado en el estudio la posibilidad de ‘ser alguien’; a pesar de que permanentemente choca con la falta de oportunidades y las infinitas trabas en sus intentos por progresar, porque hace parte “de los cotidianos y eternamente pisoteados, manoseados, humillados”.

A esa permanente sensación de inferioridad que lo invade, se suman dos figuras que le hacen plantearse continuamente dilemas éticos y políticos. A un lado está Ernesto, su hermano mayor, a quien Bonnett presenta como “un hombre lúcido y apasionado, de una serenidad apabullante, que asumió rápidamente el papel de padre y maestro”; al otro, se encuentra Jairo, quien justo en plena implantación del Estatuto de Seguridad del ex presidente Julio César Turbay “creía con toda convicción, con una obstinación que a menudo lo llevaba a la dureza, en la necesidad de una revolución violenta”.

“El carácter indeciso de Ángel lo hace encontrarse siempre en una encrucijada y verse como un completo fracasado, pues no es capaz de instalarse en el establecimiento ni de enlistarse definitivamente en las filas de la insurgencia que Jairo inspira y lidera con carismática y furiosa insistencia”, dice la escritora.

Es en medio de los conflictos interiores con los que batalla Ángel, cuando irrumpe en su vida Franca, que lo seduce resuelta y arrojadamente para satisfacer su sed de aventura. Pero él, mucho más sesudo, tiene claro que Franca “despierta en él algo a lo que teme profundamente: una pasión. Sabe bien que ésta siempre estimula y lleva a actuar sin detenerse a medir los límites. Pero

también que envilece, que pisotea el orgullo, que nubla la razón”.

Allí, ambos se topan con la sensación desasosegante de que desconocen algo vital y definitivo de la vida del otro, algo que no pueden aprehender y que al escaparse de su entendimiento se torna misterioso y, por supuesto, atrayente, pues ninguno de los dos sabe cómo renunciar a aquello que no pueden poseer del todo. Esto plantea la inquietud que Ángel tratará de resolver a lo largo de la novela: “Si se puede vivir sabiendo que en el mundo no hay una sola persona para la que uno sea imprescindible”.

MELISSA SERRATO
RAMÍREZ

“¿Qué hacemos con Colombia, Mamochita?”

La oligarca rebelde: conversaciones con María Mercedes Araújo

Maureén Maya Sierra
Random House Mondadori, S. A.,
Bogotá, 2008, 222 págs.

La oligarca rebelde es el intento de María Mercedes Araújo y Maureén Maya de recontar la historia de Colombia de los últimos años, incluidos los presentes, desde una perspectiva no oficial. En sus doscientas y pico de páginas se hace un recorrido por la historia del país, tal como la vivió María Mercedes Araújo, hija de una clase social, la oligarquía, que detenta el poder y no quiere soltarlo y que, dice ella, en gran medida es culpable de los males que nos agobian hoy y de los que parece no haber salida, a no ser la planteada, de forma más o menos poética, por María Mercedes Araújo cuando afirma que

Colombia como el colibrí expresa todos los colores del arcoíris,

posee todo un abanico de posibilidades que lo hacen un país único, se sostiene débilmente en un remedo de democracia, pero cuando alza el vuelo nada lo detiene y logra sostenerse en el vacío como un insecto cuando chupa el néctar de las flores. Además, el colibrí es el único pájaro que tiene la habilidad de volar hacia atrás, que es justamente lo que necesitamos hacer como país para no olvidar lo que siempre debemos recordar, para guardar en la memoria a todos aquéllos que creyeron posible el cambio, que lucharon por una justicia social, que amaron tanto esta tierra que estuvieron dispuestos a morir por ella y permitieron que en nosotros germinara la semilla de una utopía que aún merecemos volver a soñar (pág. 222).



El libro es la transcripción de varios años de conversaciones entre estas dos mujeres en torno a varios periodos y momentos de la historia de Colombia. Dividido en tres grandes secciones, el libro da cuenta, a veces superficialmente y a veces profundamente, de El Bogotazo y la violencia que siguió; de la dictadura de Rojas Pinilla; de la lucidez social de Camilo Torres, de quien María Mercedes era prima, y en cuya narración le hace duras críticas a la Iglesia por haberse preocupado más por adoctrinar a su grey y meterle miedo al sexo que por mitigar la pobreza; del gobierno de Turbay; del gobierno de Barco; del gobierno de Belisario Betancur; del nacimiento y muerte de Firmes, esa gran coalición de la izquierda en torno a la

candidatura presidencial de Gerardo Molina, entre otros muchos temas. La segunda parte del libro es una apasionada oda al M-19, en especial a Diego Almarales de quien nuestra “oligarca rebelde” fue una gran amiga. Este libro es visitado por todos o casi todos los personajes y eventos de los últimos cincuenta años de historia nacional porque muchos de estos personajes y muchas de estas historia pasaron por la Casa de la Paz como bautizó Camilo Torres a la casa de María Mercedes Araújo en el barrio Santa Ana, el más exclusivo de Bogotá, y en donde siempre se discutieron temas y acciones que, de hecho, influyeron en muchos de los acontecimientos que estamos viviendo hoy.

Indudablemente María Mercedes Araújo es un personaje muy interesante y muy valioso. Su testimonio de vida es conmovedor y formador. En tiempos como éstos en los que, según proclaman muchos pensadores y artistas, ya no hay lugar para los macrorrelatos, esto es, lo que Wikipedia, esa gran enciclopedia compuesta de microrrelatos, define como

Un esquema de cultura narrativa global o totalizadora que organiza y explica conocimientos y experiencias... una historia más allá de la historia, que es capaz de abarcar otros 'pequeños relatos' en su interior, dentro de esquemas abarcadores, totalizadores, trascendentes o universalizadores... [un] discurso totalizante y multiabarcador en el que se asume la comprensión de hechos de carácter científico, histórico y social de forma absolutista, pretendiendo dar respuesta y solución a toda contingencia.

Lo que logran María Mercedes Araújo y Maureén Maya al editar estas conversaciones es, justamente, y aunque parezca paradójico, construir un macrorrelato de Colombia desde la perspectiva de un microrrelato. Dicho en otras palabras: a lo largo del texto presentimos el deseo de estas dos mujeres de construir

una nueva historia de Colombia, en la que se promueva una mirada de los fenómenos sociales y políticos desde la izquierda y que explique los infortunados acontecimientos de nuestra vida pública... Y por eso, esta historia ya no es contada por una voz oficial, y ni siquiera por una voz que pretenda ser “objetiva” y “científica”, sino desde las vivencias, sentimientos y sentidos de una mujer que la narra a partir del fantasma que la persiguió por una pregunta que su padre, Alfonso Araújo, le hiciera cuando María Mercedes era apenas una adolescente: “¿Qué hacemos con Colombia, Mamochita?”.



A nadie le cae mal y, por el contrario, puede ser muy beneficioso, intentar reconstruir la historia de Colombia desde “otras voces”, incluida la voz de las mujeres, porque indudablemente el acercamiento cambia y, por ende, la comprensión, y eso en sí es ya un reconocimiento de la diversidad, ese ingrediente que parece faltarle al “gran sancocho nacional”, como decía Bateman, y que lo ha hecho insípido y muy indigesto.

Textos como el de María Mercedes Araújo y Maureén Maya debería utilizarse en las escuelas para que no nos quedemos sólo con la historia de José Obdulio Gaviria, Alicia

Arango, Luis Carlos Restrepo y muchos otros que, desde un ominoso sesgo, tratan de meternos los dedos en la boca haciéndonos creer que el mundo no sólo se lo inventaron ellos sino que debe dividirse en un antes de Uribe y un después de Uribe... Claro que en eso último tienen razón, pues tal como lo plantea María Mercedes Araújo en sus palabras sobre Álvaro Uribe, Colombia no va ser igual después de él porque



[...] Es un hombre complejo, un mar inhóspito, que aun cuando exhiba aguas aparentemente calmas, oculta en su fondo más profundo tempestades tremendas. Uribe produce miedo no sólo por su temperamento volátil sino también porque su lenguaje, sus propuestas y sus acciones se encaminan a la construcción de un país sin valores que definitivamente no es el que quiero que hereden mis nietos (pág. 26, subrayado fuera de texto).

En la tercera parte del libro, “¿Qué pasó con la utopía?”, María Mercedes Araújo lanza sus tesis sobre el futuro del país. En el primero de los apartados de esta sección se lamenta de la “falla del Eme”, no sólo cuando estuvieron alzados en armas y provocaron la debacle del Palacio

de Justicia sino también ahora, cuando personajes como Ramiro Lucio y Otty Patiño le han dado vuelta a la revolución que protagonizaron y se entoldaron en refugios políticos con una abierta falta de honestidad con el país y con el movimiento al que alguna vez pertenecieron. Así mismo, María Mercedes Araújo cuestiona la falta de conciencia política de las clases menos favorecidas del país e incluso el trabajo que han hecho algunas ONG que han fortalecido el sentido de comunidad de estos grupos sociales, pero no su sentido político que, muchas veces, está anclado en un rechazo a la política o en unas prácticas clientelistas donde la barriga llega a ser determinante en sus elecciones. Finalmente, consecuente con el trabajo que hizo toda la vida en La Casa de la Paz, la autora resume, a manera de epílogo, la tesis que ha defendido durante todo el libro:

La solución del conflicto armado interno de Colombia tiene que ser política y no militar, pero no sabemos cómo decirle a Uribe, por favor, no más guerra, no más, queremos paz, pero su ego y guerrerismo nos están llevando a extremos humanamente insostenibles. Urge establecer acuerdos humanitarios con la insurgencia para proteger a la población civil, rescatar a los secuestrados tanto de la guerrilla como de los paramilitares, como del Estado, lograr un cese a las hostilidades y un gran pacto social. Con tres millones de desplazados que no pueden retornar a sus lugares de origen ni asumir con dignidad una vida productiva, con un desempleo en ascenso, una clase media en proceso de extinción, una pobreza galopante, unos niveles salariales y un sistema represivo como el actual, no hay opción de país posible (págs. 220-221).

Claro que se podría concluir que la propuesta de María Mercedes Araújo es un lugar común, pero también podría hacerse el esfuerzo de oír la a ver si salimos del laberinto en el que

nos han metido, desde el comienzo de nuestra historia, tantos generales disfrazados de civiles.

Unas últimas palabras sobre la edición del texto: antes de asumirse como libro de historia para usarse en los colegios, como me parece que debería ser, urge que se reedite el texto, es decir, que se organice mejor para evitar repeticiones innecesarias, pedazos sueltos y, en ocasiones, un coloquialismo extremo, y, sobre todo, para que se eliminen los errores de ortografía que se encuentran en todas las páginas del libro, lo que resulta bastante molesto para el lector.

MÍRIAM COTES BENÍTEZ

Reflexiones de un inquilino

El arte de la distorsión y otros ensayos

Juan Gabriel Vásquez

Alfaguara, Bogotá 2009, 228 pág.

Alguna vez, en las páginas de este mismo Boletín, Luis H. Aristizábal habló de algo que él definió como la “generación de la diáspora” para hablar, en esa ocasión de forma elogiosa, de la obra de algunos colombianos que viven por fuera del país. El motivo del comentario de Aristizábal era una novela de Luis Aguilera pero, para empezar a hablar de ella, él recordó también otros nombres —generosamente me incluyó a mí y tal vez por eso me acuerdo— de escritores y críticos. El uso de la palabra “generación” era desafortunado —Rafael Gutiérrez Girardot, Luis Aguilera y yo pertenecemos a tres generaciones y estábamos en la lista—, pero la constatación de que existe un trabajo intelectual desde una lejanía que muchas veces le permite a quienes lo realizan tener una mirada distinta sobre algunos temas y problemas que la que pueden tener quienes nunca han salido del país.